

A las cinco de la tarde se levanta la prohibición de servir

LA BASE AEREA DE TORREJON

custodian centinelas, pero si se fija, distinguirá en las inmediaciones del

bebidas alcohólicas en los bares de la base aérea de Torrejón. A esta hora empieza a animarse el Club de oficiales: hombres maduros y jóvenes, con uniformes de tela de gabardina inarrugable color azul-verdoso se acercan a la barra, piden whisky unos, zumos de piña, de manzana o cerveza en lata, otros, y en grupos se entregan al "chau-chau", la clásica universal tertulia de militares al ser relevados de sus posiciones.

El bar es amplio, lujoso, hollywoodiano, con decoración y mobiliario moderno. Al fondo, una orquesta interpreta música abstracta, los últimos éxitos, difíciles de identificar de los primeros. El muro en cristallado nos permite contemplar un espacio tapizado de hierba, con un surtidor en el centro. Hay en el pabellón principal una gran sala, comedor y salón de actos a la vez, con escenario. Un anuncio prometía para aquella noche: "Pre-Holiday.—Fun Night. Dancing".

A la entrada del bar se alinean en un pasillo un repertorio de máquinas tragaperras. Raro es el oficial que no sucumba a la tentación y no haga su invite.

Mi acompañante me dice:

—He estado en Okinawa, en las bases de Filipinas, Panamá, Francia, Alemania, Turquía... Pues bien, si me atengo a lo que ahora veo, no sabría distinguir dónde me encuentro... Las mismas comidas y bebidas, idéntica atmósfera de tabaco y música, la misma temperatura artificial y ¡ah!, lo más esencial para nosotros, ¡la misma agua! Al desplazarnos por esos mundos, los norteamericanos transportamos nuestros gustos y nuestros prejuicios.

Su preocupación por el agua raya en obsesión. ¡Cuántas pruebas, investigaciones y trámites hasta acomodar el agua a la fórmula ideal, que no es H²O, ni mucho menos! Para los norteamericanos fuera de su patria decir agua equivale a decir complejidad. Porque no ha de ser sólo limpia de impurezas, sino poseedora de raras virtudes y cualidades. El más preciado tesoro de la impedimenta de Eisenhower en su reciente viaje eran las garrafas de agua.

Pero ahora no la necesitamos: a dos pasos tenemos una cafetería con asepsia y profilaxis de quirófano. Su clientela la componen rubios, morenos, albinos y negros. Acercuémonos al riquísimo mostrador para retirar lo que nos plazca: salchichas, entrecot, rosbif, sandwiches vegetales, chocolate o café en sus hornillos eléctricos y a debido temple, leche, frutas. Pagamos a una muchacha, suave

fantasma blanco, cual enfermera de sanatorio de lujo, y nos retiramos con nuestros platos y tazas a una mesa. A mano tenemos el azúcar, la mostaza, la pimienta, el jugo de tomate...

Interrumpe nuestra conversación el estruendo de un reactor al hilvanar el dósel celeste. Deja a un paso un filamento blanco.

—La base es nuestro mundo—exclamó mi interlocutor en tono de confianza—. Podemos vivir sin salir de ella. Aquí tenemos alojamiento, capilla, hospital, librería, nuestro periódico, teatro, cine, piscinas, golf, boleras, campo de "base ball", de fútbol, tennis, gimnasio para practicar el judo, el boxeo... Aquí funcionan clubs con sus campeonatos de todo lo imaginable y sociedades benéficas, culturales, artísticas... Precisamente hoy se reúne una, presidida por un capellán, dedicada a socorrer a los alcohólicos dispuestos a librarse del vicio de la bebida...

Salimos hacia el alojamiento de los soldados. Otro hermoso hotel con su amplísimo salón de fiestas. "Game night, de 7 a 9", rezaba un anuncio. A la puerta del hogar de los soldados, como en las proximidades de todos los edificios, fuesen oficinas, cuarteles o clubs, se estacionaban manadas de coches suntuosos, relucientes, dignos de esperar una salida de ópera. Desde la puerta divisábamos la anchurosa pista donde en aquel instante aterrizaban dos reactores.

—¿De dónde vendrán?

—Posiblemente, de la base de Zaragoza... Un cuarto de hora de vuelo...

Al oír estas cosas, creía asistir a una sesión de ilusionismo. En la pista posaba un gigantesco avión, un "Boeing-720", el del presidente de los Estados Unidos, llegado días antes de su célebre viaje, en vuelo de prueba.

—Observe usted—me advirtió—. Lo

aparato ciertos soldados con unos perros enormes..

—Los veo...

—Son los llamados pastores-alemanes, grandes y feroces, pero de una docilidad sin igual. Amaestrados para la vigilancia, sólo obedecen a sus amos y cumplen implacables hasta ochenta órdenes verbales. Su inteligencia es extraordinaria. Se les utiliza en servicios especiales, cuando es necesario proteger algún avión prototipo o dotado con innovaciones secretas.

El camino nos condujo esta vez a la zona comercial: las tiendas. La dedicada a alimentación exhibía su zodiaco gastronómico, con artículos alemanes, daneses, noruegos, franceses, italianos, norteamericanos y españoles, todos en envolturas multicolores, satinadas, brillantes. El norteamericano es el pueblo que más come con la vista. La seducción se concentra en el envase. Las mujeres hacían el recorrido con sus cestillos o carritos por el laberinto formado con muros de latas, cajas, frascos y tarros. Algunos varones uniformados realizaban también su compra. Los progresos científicos, con ser tantos y tan fantásticos, no pueden redimirnos de la vulgar sumisión al bote de conserva o a la pasta de sopa.

Cuanto habíamos visto y más sólo era el marco, la floresta o lo accesorio. A lo fundamental de la base se va por otros caminos cerrados a nuestra curiosidad, caminos que nos permitirían asistir a escenas experimentales del mundo futuro. Más allá de esta zona normal y apacible comenzaba otra, la neurálgica, en permanente alerta, con radar escrutando los horizontes y oídos atentos a la menor señal de alarma dada a miles de kilómetros.

La base está articulada a un sistema arterial con pulsación isócrona: con centros nerviosos repartidos en los casquetes polares; en las islas oceánicas, en el cinturón de los trópicos. Con un cerebro, el del "Strategic Air Command", remoto y subterráneo, que dos veces por día irradia sus órdenes; con centenares de aviones día y noche en el aire, cualquiera sea el tiempo reinante, hasta completar diez millones de hora de vuelo al año. Más de ochenta bases con sus escuadrillas apercebidas a dispararse como flechas, con una carga infernal, hacia un blanco ya señalado. El conjunto de bases forma la imponente muralla de contención gracias a la cual el mundo libre conserva tal denominación, su autonomía y personalidad. Puede dormir tranquilo y soñar con un mañana venturoso y amable.

Joaquín ARRARAS